



NUM. 87

BARCELONA, 5 ENERO 1901

25 CENTS,

Ayuntamiento de Madrid



## SALUTACION AL SIGLO XX

I

Extendió su garra fiera  
el mar, furioso en su lecho,  
y dió un zarpazo al estrecho  
que hizo saltar la barrera.  
Por la gigante tronera  
un mundo de agua rodó  
que embravecido escaló  
valles, colinas y montes,  
y entre inmensos horizontes  
mi nuevo mar desplegó.

De un mar á otro mar rodaron  
en las hondas cristalinas,  
los ejércitos de ondinas  
que con las algas jugaron.  
De un mar á otro mar pasaron  
entre espumosos motines,  
las grutas y camarines  
de corales esplendentes,  
miles de peces lucentes  
y nereidas y delfines.

Torbellinos y oleajes  
sepultaron las llanuras  
al ir las masas oscuras  
lanzando gritos salvajes.  
Simas, riscos y ramajes  
inundó el agua al pasar,  
y al venir á España á dar  
llena de ciego furor,  
dejó á Cádiz como flor  
abierta en medio del mar!

II

Un siglo, el piélago humano  
roupe también poderoso,  
y de otro siglo grandioso  
penetra en el Océano;  
penetra llevando ufano  
gentes, y dioses, y altares  
como van á otros lugares  
peces y olas confundidos,  
porque dos siglos unidos  
son lo mismo que dos mares.

Ved por el puente anchuroso  
destilar las muchedumbres:  
trajes, danzas y costumbres  
van en juego esplendoroso.  
Ved el tropel milagroso  
de los hombres inmortales:  
van en grandiosos raudales  
seetas, ídolos y palmas,  
é iluminando las almas,  
rios de antorchas triunfales.

Paso á esa mar impelida:  
la tierra tiembla á su peso;  
paso á ese mar del progreso  
que va á dar á un siglo vida.  
Si hunde en su enorme embestida  
otra atlántida al pasar,  
¡qué sepa sobrenadar  
como quedó Cádiz bella,  
el alma, igual que una estrella  
flotando encima del mar!

SALVADOR RUEDA

## EL LIBRO ROJO



En una aldea, próxima á Vancedeña, habitaba un obrero intelectual que tenía la costumbre de hacer el borrador de sus producciones en pleno campo. Inspirábase contemplando las bellezas de la naturaleza, la luz esplendorosa del sol; las múltiples combinaciones de brillantes colores que producen sus rayos al chocar con los objetos terrestres; los celajes que empañan el firmamento, ó las sombras turbulentas nubes que, en días de tempestad, corren por el espacio, se acometen y chocan unas con otras produciendo el trueno que ensordece, y el relámpago que parece incendiar el cielo y la tierra.

Todas las mañanas cogía su libro de apuntes, de rojas tapas, íbase al pinar, sentábase en el suelo apoyando la espalda en el tronco de un pino que le daba sombra, y comenzaba á trabajar con esa febril actividad que comunica la inspiración.

En la aldea vivían, accidentalmente, una señora viuda con dos hijas, ya mujeres; una de éstas, la más pequeña, padecía esa terrible dolencia, azote de la juventud, que conocemos con el nombre de tisis.

Era rubia, delgada, de correctas facciones, muy bonita. Su semblante entristecido por la enfermedad inspiraba simpática compasión. Su hermana, morena de vivos y hermosos ojos, maciza de carnes y esbelta de cuerpo, contrastaba como tipo del delicado de la enferma.

Aconsejéronle á ésta el reposo durante muchas horas debajo de los pinos al aire libre, y para cumplir la prescripción facultativa permanecían las dos hermanas en el pinar las horas medias del día. Sus criados les llevaban mecedoras y un velador de hierro que les servía de mesa para comer, y ellas entretenían el tiempo haciendo labores de punto y hablando de sus cosas.

El pino, á cuya sombra trabajaba el artista, distaba unos cuarenta metros del punto que ocupaban las dos hermanas.

Las y otro se veían perfectamente. Ellas le miraban con curiosidad y se decían: —¿Quién sea? ¿Si pudiéramos ver lo que hace?

La enferma aseguraba que escribía; su hermana que pintaba. Poco á poco fué aumentando su curiosidad; su conversación versaba siempre sobre el tema de si el del libro rojo era escritor ó pintor, sobre las facciones de éste, su tipo, modales, distinción, elegancia, etc., etc. Convenían las dos en calificarle de agradable y simpático,

pero no estaban conformes en la apreciación de sus rasgos fisonómicos. La enferma aseguraba que poseía belleza varonil y expresión inteligente. Su hermana que la nariz y la boca no eran tan correctas y bellas, como la frente, ojos y barba. Con motivo de estas discusiones, y para convencerse mejor de la exactitud de sus juicios, levantábanse de sus asientos y paseando muy despacio, se dirigían hacia donde estaba el del libro, pasando muy cerquita de él. Este oía sus pasos, levantaba la cabeza para mirarlas, y ellas bajaban la suya, no atreviéndose á observar lo que se proponían por temor á ser juzgadas como muchachas desenvueltas. Al poco rato regresaban por el lado opuesto para coger de espaldas al





del libro, pero siempre la maldita casualidad oponíase á la realización de sus deseos: unas veces, el tronco del pino impedíalas ver lo que hacía el sujeto que deseaban observar; otras cerraba su libro para afilar el lápiz ó encender el cigarro; casi siempre que se acababan, mirábalas él, expresando en los ojos y en la sonrisa que acompañaba á la mirada cierta complacencia, que las hacía ruborizar.

Su curiosidad llegó á la obsesión; hablando de él, discutiéndolo y observándole, sintieron que en sus pechos nacían y arraigaban sentimientos de hondísima simpatía que perturbaban su tranquilidad.

Anhelaban verle á todas horas, y si algún día, por causa de lluvia ó viento, no podían salir al pinar, la enferma se mustiaba como flor falta de calor y de luz, y la morena de ojos de fuego reñía con todos los de su casa, presa de un humor insoportable. Así transcurrieron tres meses. Su deseo de entablar relaciones con el del libro rojo, de oír su voz, de hablar con él, fué agrandándose, agrandándose hasta constituir una necesidad. Para lograrlo descubrieron flaquear que disputaban respecto á si escribía ó pintaba de modo que oyese la porfía; si galantemente se apresuraba á aclarar sus dudas, conseguían su objeto; y si este plan fracasaba, acercáranse al desconocido y, pretextando una apuesta, se lo preguntarian. Cual lo joven del no hicieron y, como era natural, el del libro al oír la porfía de las hermanas, levantóse sonriendo, las saludó muy cortés, y acercándose á ellas les enseñó el libro de apuntes.

—Gané,—dijo la enferma.

—Me doy por vencida,—contestó su hermana.

Las dos estaban bellísimas con sus semblantes coloreados por la emoción. El escritor comprendió la cordedad de las jóvenes, y paró evitarlas las consecuencias de la embarazosa situación en que se encontraban las preguntó:

—¿Gustan ustedes de la novela?

—Sí, sí,—contestaron,—¿acaso escribe usted alguna?

—La estoy terminando. ¿Deben oír un capítulo?

—¡Si no le sirve de molestia!

—¡De molestia! La mayor satisfacción del escritor consiste en leer sus producciones; pero aquí estarán incómodas; vamos á donde tienen sus asientos y las complaceré. Acomodáronse los tres y leyó un capítulo precioso que las dejó encantadas.

—¿La publicará usted pronto?—le preguntaron.

—En cuanto la concluya: tengo prisa en hacerlo porque se la dedico á mi mujer; comprenderán mi impaciencia; soy tres meses casado, esta es mi primera producción después de mi enlace y deseo ofrecérsela á mi Emilia como testimonio de mi amor.

Las hermanas palidecieron: á la enferma se le exteriorizó el malestar moral que le produjo la noticia y notándolo el escritor le preguntó: —¿Se siente usted mal?

—Sí, sí; siento angustia, opresión en el pecho que me ahoga.

—¿Puedo serles útil en algo?

—Gracias, esto pasará pronto, le coge con frecuencia,—dijo la otra hermana.

El escritor, advirtiendo algo anormal en la conducta de las hermanas y temeroso de serles molesto, pespásidose ofreciéndoles llevar á su esposa al siguiente día para que las acompañara mientras él escribía.

Así lo hizo, pero las hermanas no salieron al monte.

—Se habrá puesto peor,—se dijo,—¡Pobre niña! Pocos milagros ha de hacer.

Efectivamente, pocos milagros hizo: desde aquel día se mustió, lloraba en silencio, negóse á comer y en pocos días, la terrible dolencia consumió su escasa resistencia orgánica produciéndole la muerte.

Momentos antes de espirar llamó á su hermana, rodeóle el cuello con sus brazos y la dijo al oído muy bajito, muy bajito: —¿Sabes por qué me muero tan pronto? Porque le amo y es casado.

La morena de ojos de fuego, palideció al oír la revelación; comenzó á temblar y diciendo: —Yo también, yo también,—desplomóse en el suelo presa de un ataque de nervios intensísimo. Los globos de sus ojos parecía que iban á desprenderse de sus órbitas, y expresaban espasmo; su cuerpo, al impulso de fuertes convulsiones, se retorció cual si estuviera desarticulado; rechinaba los dientes como si anhelara destrozar y morder, y lanzaba gritos guturales en los que repetía, expresando pavor:

—¡El libro rojo! ¡El libro rojo!



IZMAEL RIZO

do el caso que las luchas de fieras y los combates de gladiadores no se efectuaban en el Circo, sino en el Anfiteatro. Aun así, no obstante, el señor Rovescalli ha podido dar fe de sus excepcionales dotes de escénografo.

La señora Guerrero y el señor Díaz de Mendoza, fieles á su loable deseo de exactitud han acudido al Museo Arqueológico en demanda de modelos para los muebles y accesorios, y han conseguido un efecto maravilloso sobre todo en la escena del banquete donde todo está ajustadísimo á la verdad cons tituyendo un admirable cuadro.

No menos que alabar tiene el cuidado que ha presidido en la indumentaria, de absoluta propiedad histórica. El traje imperial que luce el Sr. Díaz de Mendoza ha sido pintado por D. Antonio Gomar y el de guerra ha sido construido por la casa Gutperle, de

verdad histórica, en gracia á los endecasílabos y á la claridad del argumento, al alcance de cualquier analfabeto.

Por lo demás, justo es reconocer que tanto derecho tiene el Sr. Cavestany á pintar un Nerón romántico como Tacito al presentarlo como un monstruo. Es indudable que no podemos formarnos cargo exacto de lo que fué aquel extraño personaje, si aborrecido de los patricios idolatrado por la plebe. Puede que los historiadores republicanos, que para el caso equivale á decir los historiadores reaccionarios, le hayan acumulado más crímenes de los que realmente cometió. De todas maneras valió más él que no el avaro Galba ó el indecente Vitelio.

Los dramaturgos han sido poco aficionados á habérselas con Nerón, á pesar de las espeluznantes escenas



UN SOLDADO (SR. FERNÁNDEZ)

París, en vista de la estatua de Augusto conservada en la villa Nomentana. El traje de Séneca está tomado de la efígie de éste descubierta en las ruinas de Herculano.

De manera que bien puede decirse que contrastan la escrupulosidad de las decoraciones, trajes y atrezzo con las libertades, falsedades y dislates de la obra, pero, sin que al parecer, se le importe un comino al público que el Sr. Cavestany haya hecho mangas y capirotes de la



ESCLAVA BOHICIA (SRA. BOFFO)



GLADIADOR (SR. TATAY)

de que podrían sembrar sus producciones: será sin duda por lo difícil que es prestar ningún sentimiento que despierte la menor simpatía en aquel sinies tro histrión, y por el temor de que resultase pesado presentarle constantemente en pleno delirio de maldades. En cambio ha inspirado á gran número de pintores y escultores, y ha dado pie á no pocos historiadores y novelistas para despacharse á su gusto.

M. MAULRÓN



ESCENA FINAL DE NERÓN (SRA. GUERRERO Y SR. DÍAZ)



## SIGLO SIN NOMBRE

En menudo compromiso se va á encontrar el ilustre escritor D. Juan Valera, quien, como historiador semi-oficial de España, no tendrá más remedio, al hacer la necrología del siglo cuyo cadáver todavía está caliente é insepulto, que darle un nombre para perpetuar su recuerdo en el panteón insaciable de la Historia.

Los que tengan encomendada tan importante misión en las demás naciones de Europa saldrán más fácilmente de su empeño; el de Francia le llamará, por ejemplo: *Siglo de la Resurrección*; el de Inglaterra *Siglo de la Expansión*; el de Italia *Siglo de la Libertad*; el de Alemania *Siglo de la Victoria*; el de Rusia *Siglo de la Grandeza*, etc. Pero, don Juan, ¿qué nombre le pondrá á este siglo?

Porque, en ninguna de sus décadas hay un hecho que por su solidez é influencia decisiva en el desenvolvimiento progresivo de la Patria, merezca ser la advocación de todo el ciclo histórico y se sobreponga, por sí solo, á cuantas desgracias hayan podido entenebrecer nuestros anales y las eclipses y las contrarrestes con los rívidos resplandores de su grandeza. ¿Se va á llamar *Siglo de la Independencia*? No; porque aquella sublime epopeya de sus albores duró sólo el tiempo necesario para que la cantaran los poetas y la inmortalizasen en mármoles y lienzos los artistas.

Fuera de esta trascendencia estética no ha tenido ninguna otra consagrable; y aquel sublime sacrificio de nuestros abuelos ha sido tan infecundo que al finalizar el siglo quedamos hasta tal punto sometidos á la intervención moral de las potencias y temiendo de un momento á otro la material que ya en el alma del pueblo va la conformidad entibiando el cariño de la Patria y aniquilando en su cuerpo las energías para defenderla, si tan horrible trance llegase, y se da el caso

vergonzoso de hacernos fuertes los mismos españoles dentro de nuestro propio territorio contra los mandatos de la ley y la autoridad del gobierno sin más que envolvernos en un pabellón extranjero.

¿Se va á llamar *Siglo de la Libertad*? ¿Cómo! ¡Si la última sesión que en tal centuria han celebrado





las Cámaras se levantó al triste grito que ya no se pronuncia en ningún país más que en España. de ¡Liberales; á defenderse! ¡Siglo del derecho! ¡Y termina sin garantías constitucionales! ¡Siglo de la ilustración! Mal cuadra ese nombre á un siglo cuya



última estadística acusa la existencia aterradora del noventa por ciento de analfabetos y cuya poster Nochebuena han celebrado los maestros de escuela, dirigiendo al Ministro de Instrucción pública un telegrama en que le deseaban una tranquila digestión de la gran cena del año y le recordaban que ellos á aquella misma hora se estaban muriendo de hambre; ¡Cruel sarcasmo!

Tampoco puede llamarse *Siglo de la ciencia* un siglo en que la mayoría de los libros de texto que se estudian en las academias son traducidos y en que al último sabio nos lo tienen que revelar los extranjeros y aquí le consagramos con una merienda en las Ventas como á cualquier concejal y se le discute y escatima la asignación ofrecida por el Estado para montar un laboratorio. ¿Ni como se le ha de llamar *Siglo del arte*

aun cuando en él hayan florecido varios artistas inmortales sin fundar escuela, á un siglo en que la su-  
resurrección de la *silueta* y del *lote egipcio*; la novi-

prema manifestación de la belleza plástica es la misma tendencia literaria, el implantamiento de la tragedia helénica y en música andamos tan faltos de faz propia que hasta el *himno nacional* está tachado de foráneo? ¿Le hemos de llamar *Siglo de la Industria*? Sería un sarcasmo pues á nadie se le oculta que en ella vamos á la zaga de todas las demás naciones y á merced del amparo del arancel, porque hasta hace poco no hemos tenido más que la *industria* (con cursiva) ejercida por *caballeros* (subrayados).

¿Se le ha de llamar, en fin, *Siglo de la Banca*, cuando la última operación bursátil se hizo en colaboración con un movimiento sedicioso, ni *Siglo del Crédito* cuando en su último día quedaron los cambios al treinta y cinco por ciento?

Nada; está visto que el siglo XIX no puede llevar, en la Historia de España, la advocación de ninguno de esos conceptos sublimes que encarnan las diversas manifestaciones de la cultura humana y en cambio ¡con cuántos y cuántos títulos ominosos puede perpetuarse en la memoria popular! Puede llamarsele *siglo de la navaja*



porque la abrió el primer chispero el año uno y el año ciento no la había aun cerrado el último chulo.

*Siglo del toreo*, porque se inaugura con la muerte de *Pepehillo* y se cierra con la del *Dominiquín* y todo él ha sido un lance de *capa*.

*Siglo de la superstición* porque empieza con la virgente beata Clara y acaba con la *iluminada* de Lorca.

*Siglo de las vergüenzas nacionales*, porque empieza por el tratado de Bayona y acaba por el de París.

¿Y á qué continuar esta lista de títulos afrentosos con que podría designarse al nuestro siglo?

No; antes que grabar sobre su tumba cualquiera de esos fatídicos epitafios, más vale que su lápida quede en blanco, que muera con él su recuerdo.

Llamémosle *Siglo sin nombre*.

Y digamos á la posteridad que ese siglo no le hemos *vivido*; que le *hemos dormido*.

¡Qué ha sido una triste pesadilla de cien años!



EL SASTRE DEL CAMILLO



## VEPERTINA

Quietud. En lontananza  
La lámpara del Sol se va apagando...  
Y hay, á medida que la noche avanza,  
Una luz soñadora agonizando.

Muestra el campo sombrío  
El rodón verde oscuro con que viste:  
Cuenta en voz baja su secreto el río,  
Y el bosque está meditabundo y triste.  
Los rústicos olores

Bañan la falda de la cubierta loma.  
En un árbol pomífero, las flores  
Deshoja con el pico una paloma.

El sol está muricodo;  
Lánguidos rayos en el césped riegan:  
Y, en enjambre, los pétalos cayendo,  
Son como alas policromas que vuelan.

Un potrero, el bello rudo  
Hunde en el césped de perfumes riego,  
O se queda pensando, quieto y mudo,  
Con sus haces de yerba en el hocico.

Hincba, al andar, el músculo,  
O cuando la hoja y la rala arranca;  
Y á la luz perezosa del crepúsculo,  
Visos de terciopelo tiene el anca.

Y, en tanto que él trabaja,  
El Sol su rayo postrimer desprende:  
Y luz de sangrú que del lomo baja  
La negra crin del palafrén enciende

Quietud. Callan los oídos:  
Parece el roble en actitud de duelo;

Y hay nostalgias y ensueños escondidos  
Tras de la azul serenidad del cielo.

En postura hierática,  
De bruce, rumia el buyo; susurra el viento  
La frase dulce de su dulce plática  
Bajo el verde dosel de su aposento.

Cetáceo grila, deliza  
Su tarda mole en el zafir la nube;  
Y un flirón del azul que la luz riza  
Semeja el ala crepus de un quorube.

Enlutada, la noche  
El vasto campo de fantasma puebla:  
Y, hecho de estrellas, luminoso broche  
En su corpiño prende la tiniebla.

SANTIAGO ARGUELLO





## JUEGOS FLORALES EN MELILLA

Como verán nuestros lectores, Melilla, la avanzada de la patria en el suelo africano, acaba de realizar un acto de que puede enorgullecerse puesto que nos presenta á la plaza de guerra, bajo una nueva fase hasta ahora desconocida para nosotros; bajo la fase del desenvolvimiento literario. No se podía esperar menos de aquel puñado de valientes que en sus ocios guerreros encuentran espacio para seguir las enseñanzas del

sa y Bendito, concedió la flor natural al esclarecido poeta Plcido Langle por su poesía «Romanza amorosa».

Fué elegida reina de la fiesta la distinguida señorita María Hernández hija del digno comandante general de la Plaza, y mantuvo las justas con verdadera maestría propia de esforzado paladín, el sabio catedrático del Instituto de Málaga D. Bernardo del Saz.



LA REINA DE LA FIESTA Y LA CORTE DE AMOR

soldado de Lepanto y acreditar que la pluma y la espada, están estrechamente unidas en este momento de renacimiento patrio.

El día 9 del pasado verificáronse con verdadera solemnidad los primeros juegos florales organizados por los Sres. Alvendin, Lara, Pita, Vigil, Vallesca y Apolinario, re-

La corte de amor formada por las señoritas Lacalle, Apolinario, Ferrando Fernández de Heredia, Vara de Rey, Brocardo, Gómara y Meseguer, no desdijo en nada de la distinción y belleza de la reina elegida.

Felicítamos á la comisión organizadora y nos felicitamos del acto



D. EDUARDO ALVENDIN



SEÑORITA MARÍA HERNÁNDEZ



D. BERNARDO DEL SAZ

saltando tal acto de grandiosidad suma. El jurado calificador en el que figuraron los Sres. Bolea, Díaz Escobar, Reyes, Vara de Rey, Lacalle, Vallespino-

literario, realizado por la guarnición y pueblo de Melilla.

(Fot. de R. Gómez)

FEDERICO P. ESPELOSIN



ENERO



FEBRERO



MARZO

## LOS MESES

Bien pueden calificarse de modelos de escultura decorativa esos bustos de Alfredo Drury que reproducimos hoy, representando los doce meses. El tema ha sido tantas veces tratado que se hacía difícil hallar nada nuevo, pero el eminente artista antes citado ha conseguido hacer una obra personal, y bien suya. Sirve además esa serie para patentizar la orientación actual de la escultura, principalmente encaminada á una función ornamental, complemento de la arquitectura.

Estos bustos de los *Meses* figuran como remates de sendos pilares de una verja que rodea cierto magnífico palacio cerca de Bristol, obra del famoso arquitecto Inigo Thomas, y no hay más que una opinión respecto á su mérito, tanto por la originalidad de la idea como por la habilidad del tratamiento. El material empleado es el barro cocido, que reúne las condiciones de ser imperecedero y permite amplia libertad para el modelado. Una de las más interesantes particularidades de la obra es la manera como se ha valido Mr. Drury de la ocasión para introducir un toque de poética originalidad en lo que, con menos discreción, pudiera haber degenerado en una mera ornamentación de perfanerío carácter. Desde el momento en que tenía que decorar doce pilares, se le ocurrió tomar como motivo la representación de los doce meses, pero en vez de limitarse á una simple serie de apropiados tipos tuvo la feliz idea de tratar los bustos consecutivamente para evidenciar la gradación de la escala de la vida desde la infancia á la ancianidad. Comenzando por una niña para representar Enero muestra en sus sucesivas fases los diversos periodos del avance desde la juventud y la ma-



ABRIL



MAYO



JUNIO



JULIO



AGOSTO



SEPTIEMBRE

dures hasta la patética decadencia de la extrema senectud, y acentua la idea mediante algunos accesorios que acompañan a cada busto; lucen sobre los ropajes de Febrero las primeras tempranas flores de la primavera, las ráfagas del viento en Marzo, pertenecen á Agosto, Septiembre y Octubre los frutos y Diciembre se caracteriza por los envoltorios que abrigan la cabeza; mas aun sin esas claves, fácil es reconocer cada uno de los meses.

Nada que se preste á más profundas consideraciones que ese atrevido compendio de la historia de nuestro paso por la tierra, y bien vale por un voluminoso tratado de moral ó filosofía esta plástica síntesis de lo que viene á ser la vida. Desde la tierna niña á la caduca anciana pasamos por todas las etapas de la evolución, dejamos trazado un anillo de la espiral inmensa á que, en suma, se reduce la creación; nacimiento, crecimiento, muerte; muerte, nacimiento y crecimiento, y de nuevo muerte, en incesante cambio, en ininterrumpida corriente.

Y do quiera miremos se nos ofrecerá igual espectáculo; como hay hombres niños, jóvenes y viejos, y hay luego cadáveres, hay soles niños, soles jóvenes, soles viejos y soles muertos, y de igual manera que hay soles hay todo, montañas y rios, bosques y ciudades, naciones y mares. No hay nada estable; el Mont-Blanc desaparecerá y surgirá otro en el desierto de Sarah; tornáronse bosques las ciudades, y las ciudades bosques, y llegará un día en que la Tierra hoy joven será un cadáver, como lo es la luna y como lo son esos astros rojos que de repente brillan un instante para no volver á centellear jamás. Y el hombre, que es un *microcosmos* un universo pequeño, nos dá en cifra y compendio el espectáculo de la universal evolución.



OCTUBRE



NOVIEMBRE



DICIEMBRE



# COLECCIONISTAS

Los hay de todas las cosas imaginables. Algunos individuos nacen ya con la manía de coleccionar algo. Sino comienzan por coleccionar sonajeros ó hiberones es porque se los quitan de las manos; pero después dan rienda suelta á sus aficiones y con ellas marcan á sus parientes, deudos y amigos. Lo que hay es que unos coleccionistas llaman la atención y otros no.

El que, por ejemplo, hace colección de sellos, de cajas de fósforos, de caracoles, de estampas ó de mariposas es un ser vulgarísimo. Eso lo hace cualquiera. En cambio, el que, como don Hombro Cantimplórez, colecciona almireces, después de buscarlos, instalarlos y clasificarlos, cuidándolos como á hijos

suyos, constituye un caso raro de chilladura. El señor que ocupa (y aun creo que á veces paga) el cuarto contiguo al mío, se dedica

antes á coleccionar pulgales y anteojos ahumados; pero se cansó indudablemente y ahora reúne con paternal solicitud botones de calzoncillos y autógrafos de prelados ilustres.

Otro amigo mío daría buena parte de su sangre por un velón que no se pareciera á los ciento noventa y tres velones diferentes que lleva reunidos á fuerza de privaciones y des-

velos. El padre de una novia que yo tuve coleccionaba picanportes y yo tuvo á punto de aplastarme las narices con el ejemplar más desarrollado de su colección; pero logré aplacar sus iras, porque tuve la suerte de poder proporcionarle nada menos que el picanorte de la puerta por donde Pizarro entró en el Perú. Y hubiera sido capaz de llevarlo hasta el de la Puerta Otomana con tal de haberme yo llevado á la joven, que, á su vez, tenía en sí misma una preciosa colección de cabellos rubios y de dientes pequeñitos, todo debido á la madre naturalista. Coleccionar fotografías, prospectos, pipas ó medallas no tiene

nada de particular. En cada casa hay por lo menos un coleccionador de estas cosas. La hija de un farmacéutico que tiene la botica abierta en Calasparra, lleva dos años coleccionando ¿á que no se figuran ustedes qué?... ¡Sinapismos! Hoy debe de tener ya muchos ejemplares y muy curiosos. En fin, para terminar: sé que cierto Senador del Reino, bastante vitalicio, coleccionista de pura sangre y padre de una hija muy guapa, sentía una invencible pasión por los coleccionistas. Fraternizaba con todos los que tenían aficiones á coleccionar, y su sueño dorado era casar á la hija con un individuo que sobre las cualidades de bondad y de riqueza tuviese la especial de ser coleccionista de algo. En efecto: acreditando el tal título para captarse las simpatías del Senador, presentósele Federico Tinajón, quien, sin decir lo que coleccionaba, lo

gró la mano de la joven. Pasó algún tiempo. Supo el suegro de Tinajón que éste se permitía el lujo de tener siete queridas de todos tamaños, clases y colores y, como es natural, quiso reventar al aprovechado yerno. Pero éste le dijo: «—No se enfade usted porque la cosa, lejos de tener malicia, es sumamente laudable.» «—¿Eh?» «—Sí, señor; es que soy coleccionista.» «—¿De qué?» «—De mujeres». El Senador abrazó á Federico y aunque la colección de éste fué en aumento, jamás le miró ya su suegro con malos ojos. A tal extremo llegaba su monomanía. Yo, por mi parte, no concibo que los seres humanos se molesten en coleccionar más que una cosa: monedas corrientes (de oro á ser posible) pero

no para tener quieta la colección, sino para renovarla con toda la posible frecuencia.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA

(Dibujos de F. Verdugo)



# La visita



Juanita era una mujer muy confiada. Joven, rica, hermosa, y unida a un caballero de su misma edad á quien amaba tiernamente, el aguijón de los celos no había herido nunca su corazón, porque engreída con fundamento de su belleza, no podía imaginar que en el mundo existiese mujer alguna que pudiera robarle el cariño de su esposo.

Sin embargo, la joven se engañaba. Por desgracia, la incógnita rival existía: si no tan bella para privarla por completo del amor de su marido, bastante mimosa para con sus salmerías, hacérle faltar á sus deberes. Julio, que así se llamaba el infiel esposo, amaba á su mujer; pero joven y excesivamente entusiasta del bello sexo, el matrimonio no le había hecho perder sus hábitos mujeriegos. Así es que gustote Clotilde, una joven costurera que vivía sola en un cuarto interior de una de las casillas del barrio de Chamberí, y fingiéndose volterro, no tardó en conquistar el cariño de la muchacha. Desde aquel momento Julio visitó á la costurera diariamente. Para evitar habladerías de romadres, ésta hizo creer á los vecinos que el joven que la visitaba era un pariente cercano, y como entre ellos gozaba Clotilde de buena reputación, pasó sin dificultad el embuste.

Mientras tanto la pobre Juanita vivía feliz, agena á aquellos amores, si la casualidad, gran reveladora de secretos, no le hubiese descubierto la infidelidad de su marido. ¿Que como sucedió esto? Del siguiente modo.

Julio tenía un perro, un precioso galguito de color plumazo, que estaba mucho, y que le acompañaba á todas partes. Hombre de negocios, con el pretexto de que estos le absorbían gran parte del tiempo, él le fiel marido dedicaba algunas horas del día á sus devanos, y mientras una cándida esposa lo creía en la Bolsa, él se encontraba agradablemente al lado de la costurera.

—No almuerzo en casa,—le decía á su mujer al despedirse,—lo haré en el *restaurant*; tango una jugada pendiente que me hará ganar muy buenos cuartos.

Y en vez de dirigirse á la Bolsa, Julio se iba al barrio de Chamberí, donde almorazaba muchos días con Clotilde.

He cometido una omisión; otro comensal le acompañaba: el perro.

Este se había encariñado de tal modo con la dueña de la casa, que á fuerza de darle golosinas había cautivado su voluntad, que no sabía vivir sin ella. Y sucedió lo que era lógico que sucediera; que una vez que Julio tuvo que ausentarse de la corte, á causa de cierto negocio, el animal que recordaba las golosinas de la costurera, se escapaba diariamente en busca de ésta á la hora precisa de almorzar.

Tales escapatorias llamaron la atención de Juanita, que, curiosa como mujer, no pudo menos de hacerse esta pregunta:

—¿En donde comerá este perro?

Y puesta á reflexionar tuvo una sospecha: ¿Le sería su marido infiel? ¿Iría el perro á comer á otra parte?

—Por el hilo se saca el ovillo,—exclamó.—Si Julio tiene otro nido, milagro será el que el perro no me lo descubra.

Y dispuesta á saber, si su sospecha era cierta presa de curiosidad, siguió al animal. Este no tardó en llegar á casa de la costurera. Apenas Juanita le vió entrar por el portal, dirigióse á la portera y le preguntó:—Conoce usted al dueño de este galguito?

—Sí, señora,—le contestó la interpelada,—es del señorito Arturo, un joven estudiante que viene todos los días á ver á su prima, la costurera del interior del cuarto piso. ¿Por qué lo preguntaba usted?

—Por si quería venderlo,—le contestó Juanita por decir algo.

—Lo dudo, porque el señorito Arturo está muy encariñado con el bicho.

—En ese caso,—usted dispense,—dijo Juanita despidiéndose.

En vista de lo que le había dicho la portera, la ofendida esposa no dudó un momento que el estudiante Arturo era su marido.

—¡Ah, bribón!—exclamó.—

—¡Buena se te espera!

Y dispuesta á pillarle in fraganti, concibió un plan que se propuso realizar con el objeto que le serviría de punto de partida para anticipar el expediente de divorcio. Tal como lo pensó, lo llevó á cabo. De regreso Julio de su viaje, al ir á ver de nuevo á Clotilde, se quedó desagradablemente sorprendido al encontrarse en la escalera de ésta con su mujer, que acompañada de su doncella, subía pausadamente los peldaños. —¿Dónde va?—le preguntó estupefacto.

Y le contestó su esposa irónicamente: —¿Dónde quieres tú que vaya? A visitar á nuestra prima.

J. F. SAN MARTÍN Y AGUIRRE



# GRAN TEATRO DEL LICEO: "IRIS"



A los dos años de ser representada por primera vez, se estrenó la noche del 29 en el Liceo, la ópe-

ra *Iris*, letra de Luis Illi ce y música de Mascag-

ni. Hé aquí, sucinta mente su argumento.

Erase la noche. El mundo duerme y los hombres sueñan: sueñan que viven, y al despertar el día despiertan perezosamente y viven sin pensar que sueñan.

El prado se extiende fresco y lozano, los bambúes oscilan sus hojas afiladas, y la luz, alma del mundo, va bañando en claridades tibias é incógnitas las masas de los árboles la extensión de la llanura, y allí á lo lejos la soberbia mole del *Fousiyama*. Del jardincito de *Iris*, las flores, como niños curiosos, levantan los rostros de sus pintadas corolas y miran hacia oriente. Sobre la inmaculada cumbre de las nieves perpétuas del *Fousiyama* aparecen los primeros rayos del sol, cuyo calor despierta á *Iris* como si la llamara con palabras de luz, que es el idioma de los inmortales.

Solamente las almas de los inocentes son puras como la luz, y la comprenden: y si el sol tiene para *Iris* palabras cariñosas, ella tiene para el sol el tesoro de sus infantiles confidencias. *Iris* soñaba, amedrantada, con los monstruos. Pero los monstruos no viven solamente el mundo de los sueños. Viven realmente y amenazan la hermosura y la inocencia de *Iris*, la encantadora hija del ciego, aquella que parecía condensar por la mirada en las niñas de sus ojos

toda la luz, que el destino negaba á los ojos de su padre.

Los monstruos que amenazan á *Iris* son *Osaka*, el instinto de la lubricidad, presentado en la apariencia de un hombre atrayente, y *Kyoto*, el viejo y ambicioso.

*Osaka* desea poseer á *Iris*, y su amigo y confidente, el astuto *Kyoto*, le asegura la satisfacción de su instinto.

El *Taikomato* y su amigo preparan una farsa con que atraer á la hermosa *Iris*, y ésta confiada cuida de sus florecillas mimadas, en tanto su padre se nutre con el calor de los rayos de un sol, del que no puede gozar la luz. *Osaka* y *Kyoto* abandonan la escena y en aquel momento de plenitud del día se mezclan los cantos de las *mousmé* llenos de vida y los cantos de *Iris* quien parece conversar con sus flores predilectas y el himno del ciego que entona el *hossanma* hablando con Dios.

El delicioso concierto de *Iris* y las *mousmé* y del ciego, es interrumpido por la llegada de unos cómicos trashumantes que improvisan un teatro y se disponen á dar una representación.

Entre los comediantes vienen *Osaka* y *Kyoto*: la astucia y la maldad van á satisfacerse. La farsa que representan los comediantes es la historia de la desventurada cuanto hermosa *Dhia*, su padre quiere comerciar con ella, y ésta pide la muerte antes de ser entregada al mercader.

Jor, hijo del sol, defende á la hermosa desventurada y la aconseja que se entregue á los rayos de la luz para que la transporte al Paraíso.





*Osaka* y *Kyoto*, que intervienen en la representación, se aprovechan del interés que despierta en



el auditorio y logran alejar a *Iris*, que es arrebatada a su padre, el cual promete su casa y su jardín al que le acompaña hasta el templo del placer, el *Joskicera*, donde cree que ha sido conducida su encantadora hija...

La escena, en el acto segundo, debe representar el

*Joskiwara*, la Casa Verde, aquella mansión esplendorosa de metales, de maderas y de telas recamadas, aquella sala donde nunca entró el sol. *Iris* duerme cobijada por finisimos velos, y *Kyoto* y *Osaka* contemplan a la hermosa.

*Iris* despierta y busca en vano la manera de calmar su inquietud; busca las muñecas que eran sus amigas y busca sus flores modestas y humildes. La nueva estancia no es su pobre casita: es un palacio. Entonces cree estar en el teatro donde se representa la historia de la hermosa *Dhía*; recuerda la danza de las minas, el negro manto del Vampiro y preguntase llena de encantadora sencillez: ¿*Dónde estoy?* Creyendo vivir una vida nueva acude a todas



pintar un celaje y hace una mancha negra. *Osaka* sorprende a la pandorosa *Iris* cuando ésta llora, aún extrañándose de que en el Paraíso se pueda

partes solicitada su atención por tantas maravillas, y curioseas por entre muebles y telas y bronce y biombos. Halla unos colores y prueba de pintar; quiere pintar una flor y pinta una culebra. quiere

llorar. *Osaka*; declara su amor a *Iris* y la dice que él no es *Jor*, el hijo del Sol, sino que es el propio

placer. Entonces es cuando *Iris* dice que el placer viólo ella cuando era niña, representado por un mar muerto, y de color de bronce, bajo la bóveda de un cielo de color de sangre y que sobre el mar flotaba el cuerpo de una niña muerta con los cabellos

suelos y los labios sonrientes y que un monstruo la sujetaba acariciándola.



*Iris* llora pensando en su padre, en su casita y en su jardín y *Osaka*, desesperado de lograr su deseo, entrega la bella a *Kyoto* quien todavía espera comerciar con ella. El mercader hace que la hermosa vista esa túnica rozagante que le presta nuevo encanto y la presenta a los compradores que todos desean adquirirla. El mismo *Osaka* vuelve para acallar su amor que cejaba, pero llega también el pobre ciego, el padre de *Iris*. *Kyoto* hace creer que el ciego es quien le ha vendido su hija, y éstin tiene que sufrir la afrenta de su propio

padre le cubra el rostro de barro.

*Iris* avergonzada, queriendo esconderse en la Muerte, se arroja por la ventana, buscando el final cierto y completo de todo dolor.

Los miseros traperos encuentran tendido en el arroyo el cuerpo de *Iris* y creyéndola muerta se disputan la túnica con que lo había cubierto el *taikamati*.

*Iris* en un postrer álito de vida, agonizando sueña que se entrega al Sol, y su agonía es acompañada por los cantos del egoísta de *Osaka*, de *Kyoto* y del ciego.

*Iris* agoniza, saturándose de luz. Y la luz la recibe con el canto del Sol; el mismo himno que la despertaba a la vida. El éxito fué algo confuso, si bien fueron muy aplaudidos algunos trozos. La *Storchio* y *Garbin*, superiores.

## MALA NOTICIA

A las tres aristocracias por todos admitidas; la de sangre, la del talento y la del dinero, hay que añadir para la mujer, la aristocracia de la hermosura. Una mujer hermosa ennoblece el apellido más vulgar y este era el caso del modesto empleado en Gracia y Justicia Sr. Martínez y González, conocido en todo Madrid como padre de Pepita Martínez y González, hermosísima criatura, de hermosura imponente, de la que bien podía decirse como el poeta: *Ser hermosa de ese modo, es ser un genio*.

Pepita no podía presentarse en parte alguna sin llamar la atención de todo el mundo, y naturalmente, había que presentarla bien vestida y variar con frecuencia su atavío porque á las dos veces de lucir ella un traje todo el mundo lo conocía.

Su madre, una buena señora que siempre acompañaba á la hija, tampoco podía presentarse de cualquier modo, si no había de hacer la triste figura de esas lastimosas mamás que tanto abundan en Madrid, precedidas de sus hijas muy vistosas y adornadas, mientras ellas zagueras, pascan una faldilla parada, una manteleta pareja y un sombrero aderezado en casa, al amor de la camilla con cintajos y flores deshecho de las niñas.

Si alguna vez iba al teatro por necesidad había de ser á palcos; las invitaciones á bailes y comidas, de esas gentes, coleccionistas de notabilidades en todos los géneros, menudeaban también, con angustias del modesto funcionario á quien los gastos de representación de su hija trastornaban en sumas y restas, las primeras á favor de la modista y las segundas en contra del carnicero.

No bastaban á tranquilizarle las consideraciones de su esposa, conflagrada en que todos aquellos gastos de *mise en scene* hallarían bien pronto crecida recompensa con un brillante matrimonio.

El príncipe soñado no llegaba y el buen señor no pudo por menos de indicar á su mujer que aquello no podía continuar y que no sería desacertado guardar en el arca tan buen paño ya que el

escaparate no daba resultado. La señora protestó, pidiendo un plazo breve para resolver.

Justamente en aquellos días se había presentado un pretendiente, persona formal, de posición, esta vez era serio. El jueves de aquella semana estaban invitadas á un baile en casa de la condesa --- y allí seguramente quedaría el asunto planteado en las mejores condiciones.

El Sr. Martínez y González aceptó el plazo y su esposa aprovechó las buenas disposiciones para convencerle de que



la niña y ella debían estrenar traje en la decisiva ocasión.

El jueves mismo, cuando más entusiasmadas estaban hija y madre con su

plan de batalla, ven llegar el Sr. de Martínez de la oficina, triste y abatido con una carta en la mano.

En ella le anunciaban la gravedad de su madre, señora de edad avanzada, residente en un pueblito de Extremadura, la carta apenas dejaba esperanza, era la vulgar preparación de la mala noticia.

Hija y madre se miraron aterroradas.



## SEVILLA: INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO A MAESE RODRIGO

Con solemne pompa se celebró en Sevilla el 10 del pasado diciembre la inauguración de la estatua levantada en el patio principal de la Universidad al ilustre fundador de ésta, Maese Rodrigo Fernández.

Fué este insigne doctor, natural de Carmona, alumno del Colegio fundado en Bolonia por el terrible cardenal Albornoz, arcediano de Sevilla, confesor de los Reyes Católicos y Arzobispo electo de Zaragoza.



LA ESTATUA



LOS COMENSALES EN EL BANQUETE

La primera fundación de Maese Rodrigo fué el Colegio Mayor de Santa Maria de Jesús, levantado de planta en el sitio llamado *Corral de Jerez*; había veintiuna plazas, pero se daba la rara particularidad de que no pudiese entrar de colegial de beca ningún hijo de Sevilla ni de pueblo que distase de ella menos de cinco leguas, siendo en cambio preferidos los hijos de Carmona y de Utrera, y entre éstos los huérfanos. La estatua recién inaugurada es obra de D. Joaquín Bilbao, y fué fundida en bronce por la casa Masriera. Fué iniciador de la idea el marqués do Vallo Ameno.



EL BANQUETE



SESIÓN EN EL PARANINPO DE LA UNIVERSIDAD





## EL TUNEL

Cuando el mundo se presenta á nuestra vista, allá por los verdes años de la infancia, semejante á un sueño mágico, todo lo nuevo y desconocido se agiganta en nuestro espíritu, inspirándonos tanta curiosidad como terror. Deseamos tocar de cerca cuanto se nos pinta lleno de encantos. No hay misterio del que no deseemos romper el velo. Indudablemente, una de las cosas que más atraen la fantasía infantil, cuando tan despierta está á cualquiera clase de impresiones, son los viajes. Por muy hermoso que sea nuestro hogar y por muy miserable que sea el ageno, anhelamos vivamente visitar el lugar extraño. Y es que estamos en esa época de la vida como la flor que pide savia y más savia para el más perfecto y pujante despliegue de sus hojas virginales. Por eso todo cuanto á nuestra alma de niño se ofrece con tan vivos colores, imprimiendo ansias tan ardientes, es todo aquello que significa amplitud de horizontes. ¿Quién no recuerda durante toda su existencia las exaltadas emociones que nos rodujo el primer viaje por ferrocarril? Todo nuestro afán consistía, una vez ya dentro del tren, en colocarnos al lado de una ventanilla. Y con la cabeza fuera todo el trayecto, desmelenados, azotado el rostro por el viento de la marcha cargado de chispas de la locomotora, sin preocuparnos de mortificación alguna, sino atentos sólo al grandioso espectáculo, íbamos con los ojos abiertos, muy abiertos, observando con una especie de embelesamiento, en el que había algo de delicioso miedo, todo cuanto pasaba vertiginosamente ante nosotros. Y nos maravillaba el elevado monte que parecía con sus picos sostener la inmensa y azulada techumbre del cielo; y nos embobaba la arcaica perspectiva de los tranquilos y silenciosos valles, por donde corrían serpenteando bulliciosamente cristalinos arroyuelos, y nos recreaban agradablemente los frescos y verdes prados, salpicados con los puntitos blanquecos de los rebajos de orejas, distinguiéndose á lo lejos la humilde choza del pastor, donde se quisiera vivir eternamente, y el protector aprisco, tan animado á la hora del anochecer, cuando, entre el ganado que vuelve y los hijuelos que quedaron allí, se cambia una interminable armonía de balidos, que vienen á ser como el himno sencillo y blando con que el campo se despide del día. Sí; todo esto nos impresiona profundamente, con ser tan corriente y natural, en el primer viaje.

Pero, sobre todo, lo que más hondamente nos conmueve es el paso por un tunel; aquella repentina y momentánea noche en pleno sol, aquel ruido infernal que da idea de las fantásticas y terribles creaciones del gran poeta florentino; aquel sobrecogimiento del corazón, agitado, tanto por la admiración como por el espanto; nos cosas que con rasgos indelebles se graban en nuestra alma. A la verdad, un tunel es una de las obras más sorprendentes del genio y del trabajo humanos. Indica, desde luego, que nada hay que se oponga á nuestro esfuerzo cuando la ciencia y la utilidad se unen en una empresa. Descubierto el poderoso empuje del vapor: acomodado á las necesidades de la locomoción; completado tan maravilloso artefacto de progreso con los elementos indispensables, era factible tender rieles por los campos. Más ¿cómo se salvaba la imponente elevación de las montañas? Ante estas moles de dura piedra, murallas infinitamente más impenetrables que las que rodeaban á las ciudades antiguas, debía paralizarse la mano del hombre. ¡Qué engaño! Lo que el pico no desmorona, lo descuartiza la dinamita; y el formidable muro ciclopeo, alzado por la naturaleza, se dejó perforar, abrir las entrañas, construir un conducto por donde la civilización cruzara con rauda carrera y voz atronadora, cantando el hosanna de la inteligencia humana.

FRANCISCO COBES

## PUBLICACIONES RECIBIDAS

**La Medicina de los Niños.**—Revista mensual dedicada a la Higiene, Patología y Terapéutica de la in-

fancia, de carácter genuinamente nacional, primero de una colección que se titulará *Recuerdos Americanos*.

Menor, perteneciente a Turquía pero habitada por griegos.

Ahora bien: no hay médico, ni casi cliente algo ilustrado, que ignore que Cos era la patria de Hipócrates, y so este árbol daba el *Padre de la Medicina* sus lecciones a sus amados discípulos, y como ya por entonces el árbol era ya vejisimo, no se discrepará mucho de la verdad fijando su edad en 2500 años. La circunferencia del tronco milie diez metros y aun las ramas se cubren de hojas al llegar la primavera. Al objeto de sostener las dos ramas más gruesas se han construido dos pilares de ladrillo.

## MÁLAGA: EL NAUFRAGIO DEL GNEISENAU



Todo nuestros lectores estarán enterados del terrible naufragio del buque-escuela de guardias marinas alemán *Gneisenau*, en el puerto de Málaga, el mes pasado. La *revista* ha dado amplios detalles sobre la catástrofe, pero por autorizadísimo conducto podemos revelar algo de lo que se ha dicho. En primer lugar, el *Gneisenau* fué avisado con «oportunidad por las autoridades de marina y por los prácticos del peligro que corría en el sitio de su estancia anclado. Estas observaciones fueron desoídas y el buque se estrelló en las escollizas.

¡Cual no sería uno de los tumbos que los palos del velamen se hincaron sobre tierra, hasta el punto de dejar en ella a muchos marlineros que se habían subido á las vergas para hacer maniobras! Los muertos han sido unos cuarenta. Uno de los primeros cadáveres que se extrajeron fué el del comandante Kretschmann, á cuyo entierro asistió una extraordinaria concurrencia, todas las autoridades, el cuerpo consular y un batallón de Extremadura que hizo los honores de ordenanza, formando la carrera las dotaciones del *Gneisenau* y del crucero inglés *Malak*.

fancia, dirigida por el eminente catodrástico doctor Martínez Vargas.

**Pour la Paix et pour l'Humanité.**—por Archer de Lima, del Instituto de Lisboa. Es un elocuentísimo y generoso alegato contra la guerra, henchido de sana doctrina y de profundo saber. Su ilustrador tiende á la federación de la Europa latina como punto de partida para la federación humana.

**La Galvanoplastia, la Electro-Química y el Fotografiado.** por el doctor D. Vicente Vera y López.—Un tomo, excelente impreso é ilustrado con grabados de la colección de *Monografías industriales* que con tanto éxito publican los Sres. Hijos de J. Cuesta, de Madrid.—450 pesetas.

Con el título de *El Floridense* ha publicado el inspirado compositor uruguayo D. Leopoldo Díaz un pre-

Nuestro estimado colega, el popular semanario *lauro Sol y sombra* que se publica en Madrid, ha puesto á la venta dos hermosos números: uno titulado «Fin de siglo» y otro «vimanquas» para 1901.

Con decir que de la confección de ambos se ha encargado nuestro colaborador, el inteligente y distinguido escritor (aseaual) Millán; que las ilustraciones, tanto fotográficas como artísticas, son por demás curiosas, interesantes y dignas de todo género de elogio; que los dibujos son obras maestras de Uccella, Peres, Forset, Casanova, Federico y otros artistas no menos notables; y que á pesar de los gastos que supone la publicación de esos números, el precio de venta es el de *zuchetinos*, como los ordinarios, basta para agradecer á Sol y sombra un tallo grande y merecido.

## EL ÁRBOL MÁS VIEJO DEL MUNDO

El más viejo, y uno de los más ilustres, podríamos decir. Trátase, en efecto, de un plátano que hay en la isla de Cos, en la costa del Asia

## CHARADA

En los hombres *prima* dos: en los viejos *tres* y *cuarta*, el *total* en los castillos y más claro, lector, agua.

## FRASE HECHA



Las soluciones en el próximo número.

## SOLUCION

al pausatiempo del numero 85

*Jeroglífico.*—Severo

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

C. A.—Centa.—Muchísimas gracias por todo. M. C.—*Arrogancia*—Un bonito dolor de mi alma tengo el sentimiento de manifestarle que ninguna de las tres poesías «por la cual» que vagamente te parecía.

H. F. E.—Zamora.—Gracias, ira. J. A.—Tarragona.—Si no fuese por algunas incapacidades y lo costoso del asunto su poesía podría publicarse, pues se vé que posee usted excelentes condiciones para escalar algún día la cumbre del Parnaso.

J. E.—La discordecia etc., es un análisis más biológico que psicológico, pero aun así no despierta grande interés, por lo cual, si á usted le parece, dejémoslo que continúe inédito.

C. H.—Madrid.—Compadre, eso que me envía usted recuerda demasiado *La Noche* de un joven pobre, de Fenillet. Con que... ¡itá no vas!

M. C.—Arrogancia.—Ese lance de *La Jofel*, viene perpetuándose en el mundo literario desde que los egipcios de la primera dinastía comenzaron á escribir cuentos.

REDACTORES: D. LEOPOLDO DIAZ, D. PROSPERO ARTÍSTICA Y LITERARIA. INDEPENDIENTE D. NO, NO SE DEBE DE NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TITUAN, 50.—BARCELONA



1 —¿Ande vas?  
—A prebar esta escopeta que hi compran.  
—Aia, que voy con to.



2 —¿Y como sabrás si tiene fina la puntería, si no sabes tirar?



3 —¿Que no se tirar? A que no esperas el iro á 30 pasos!



4 —A veinte lo espero, si no me das pierdes un cantaro de riso.  
—Corriente.



5 —Chiquito; más que va con bala.  
—Tira, hombre, tira,



6 —Allá va eso... ¡Pam!  
—¿Vá otro cántaro?